

cónsules hicieron sus preparativos de guerra, estimando oportuno usar del oro vicesimario que formaba en el tesoro público una reserva sagrada para las circunstancias críticas, tomando de él unas cuatro mil libras de peso. Entregáronse quinientas á los cónsules y á los procónsules M. Marcelo y P. Sulpicio, así como también al pretor L. Veturio, á quien la suerte había confiado la Galia. El cónsul Fabio recibió además cien libras destinadas á la fortaleza de Tarento; y el resto sirvió para pagar al contado los suministros hechos al ejército, cuyo jefe y soldados se cubrían de gloria en España. Antes de la marcha de los cónsules se atendió también á la expiación de los prodigios. Había caído el rayo en el monte Albano, hiriendo la estatua de Júpiter y un árbol inmediato al templo; en el lago de Ostia, en las murallas de Capua, en el templo de la Fortuna y en los muros y puerta de Sinuesa. Todos éstos puntos había herido el fuego del cielo. Decíase que se había visto el agua de la fuente de Albano correr ensangrentada; en Roma, en el santuario de la Fuerte Fortuna, una figurita colocada en la corona de la diosa había caído por sí misma desde su cabeza á las manos; habíase comprobado que en Piverno había hablado un buey, y que, en pleno Foro, un buitre se había posado sobre una tienda; en Sinuesa había nacido un niño de sexo dudoso, un androgino, según vulgarmente les llaman, aprovechando la gran facilidad que ofrece el griego para formar compuestos; hablábase también de una lluvia de leche y del nacimiento de un niño con cabeza de elefante. Inmoláronse víctimas mayores para expiar aquellos prodigios, y se decretó un día de rogativas y plegarias en todos los altares. El pretor C. Hostilio recibió el encargo de ofrecer juegos á Apolo y celebrarlos como se ofrecieron y celebraron los años anteriores. Durante aquellos mismos días, el

cónsul Q. Fulvio reunió los comicios para el nombramiento de censores, siendo elegidos ciudadanos que todavía no habían sido cónsules, M. Cornelio Cethego y P. Sempronio Tuditano. Estos magistrados arrendaron el territorio de Capua, en virtud de una ley propuesta á los plebeyos, con autorización del Senado y sancionada por un plebiscito. El nombramiento de senadores quedó retrasado por el debate que suscitó entre los censores la elección del príncipe del senado (1). Esta elección pertenecía á los derechos de Sempronio; pero Cornelio pedía la observación de una costumbre tradicional que daba este título al censor más antiguo de los que existían, siendo este T. Manlio Torcuato. Replicaba Sempronio, que atribuyéndole la elección por medio de la suerte, los dioses le habían dado la independencia de elegir; que no seguiría otra regla que su voluntad, y que designaría á Q. Fabio Máximo, el primer ciudadano de Roma, lo que, en caso necesario confirmaría el voto mismo de Aníbal. Después de largos debates cedió Cornelio, y Sempronio saludó príncipe del Senado al cónsul Q. Fabio Máximo; en seguida se formó nueva lista de senadores y se omitieron ocho nombres, entre ellos el de L. Cecilio Metelo, que se atrevió á proponer el abandono de Italia después de la derrota de Cannas. En la revista de los caballeros, siguieron la misma regla, pero también fueron muy pocos los tachados de infamia. Privaron de sus caballos á todos los de las legiones de Cannas que se encontraban entonces

(1) El individuo del Senado cuyo nombre ocupaba el primer puesto en las tabillas del censor, recibía el título de *princeps senatus*. Al principio fué éste el censor más antiguo, pero vese aquí que se dejó la elección á los censores. Aunque esta distinción no daba derecho á ningún mando, á ninguna utilidad pecuniaria, considerábase como muy importante y ordinariamente se conservaba toda la vida. A esta dignidad se le llamaba *principatus*.

en Sicilia, siendo estos muchos. A este rigor se unió prolongación del servicio; no les contaron las campañas hechas con caballos de la república, y tuvieron que hacer diez montados á expensas propias. El censo descubrió además considerable número de ciudadanos que debían servir á caballo; y entre estos, todos los que al principio de la guerra tenían diez y siete años y no habían servido. En seguida se contrataron los edificios del Foro destruidos por el incendio, que eran siete tiendas, un mercado y el palacio de Numa.

Después de terminarlo todo en Roma, partieron los cónsules para la guerra. Fulvio llegó el primero á Capua: pocos días después se le reunió Fabio y conjuró á su colega de viva voz, y por cartas suplicó á Marcelo que ocupasen á Aníbal sin darle punto de reposo, mientras él mismo iba á sitiar á Tarento. Una vez perdida esta plaza, viéndose rechazado en todas partes el enemigo, no teniendo ya asilo donde refugiarse, no pudiendo contar con nadie, carecería de motivo para permanecer en Italia. Fabio envió también un mensajero al jefe de la guarnición que el cónsul Levino había dejado en Regio para contener á los brucios. Esta guarnición constaba de ocho mil hombres, sacados la mayor parte, como ya dijimos, de Agathyrna, en Sicilia, gentes habituadas á vida de pillaje; habiánseles reunido desertores brucios que tenían audacia y hasta necesidad de intentarlo todo. Fabio mandó á aquel jefe que talase primeramente el territorio brucio y que en seguida sitiase á Caulonia. Esta orden fué ejecutada, no solamente con ardor, sino con avidez: saquearon y dispersaron á los campesinos, y en seguida estrecharon vivamente la plaza. Marcelo, á quien inflamaban las cartas del cónsul y el convencimiento de que era el único general romano que podía hacer frente á Aníbal, dejó sus cuarteles de invierno en cuanto el campo le ofreció forraje y en-

contró á los cartagineses cerca de Canusio. Aníbal solicitaba á la ciudad para que se le entregase; pero al primer rumor de la llegada de Marcelo, levantó el campamento. El terreno era despejado, no podía prepararse en él ninguna emboscada y trató de llegar á parajes forestales. Siguióle Marcelo; levantaba su campamento enfrente del de Aníbal, y en cuanto lo fortificaba, ponía sus legiones en batalla. Aníbal se limitaba á trabar ligeras escaramuzas por medio de su caballería y los honderos de su infantería, no creyendo necesario arriesgar una batalla general, á la que sin embargo tuvo que llegar no obstante sus esfuerzos. Habíase adelantado durante la noche, pero Marcelo le alcanzó en medio de una llanura espaciosa, lanzóse por todas partes sobre sus trabajadores y le impidió formar el campamento. Entonces se vino á las manos y la batalla fué general: al acercarse la noche se separaron los dos ejércitos con igual ventaja; establecieron sus campamentos á muy corta distancia y antes de obscurecer los fortificaron apresuradamente. Al amanecer el día siguiente salió Marcelo en batalla. Aníbal aceptó el combate y dirigió larga arenga á los suyos: «Bastábales recordar Trasimeno y Cannas para abatir la altivez del enemigo: constantemente perseguidos y estrechados, hostigados en sus marchas, molestados en sus campamentos, no tenían momento de reposo, ni podían dirigir una mirada en derredor. Cada día al amanecer veían á los romanos en batalla en la llanura: un solo combate, en el que corriese la sangre del enemigo, bastaría para moderar su ardimiento.» Estas palabras les inflamaron; cansados además de la insolencia del enemigo que diariamente les estrechaba y hostigaba, comenzaron vigorosamente el ataque. Más de dos horas estuvieron combatiendo: por parte de los romanos se vió ceder la caballería de la derecha y lo más escogido de los aliados: Marcelo hizo

avanzar á la primera fila la legión décimoctava. La confusión de los que cedían, la lentitud de los que les reemplazaban, rompieron toda la línea y muy pronto fué completa la derrota. El miedo era mayor que la vergüenza, y los romanos huían por todas partes. Este combate y esta derrota les costaron cerca de dos mil setecientos hombres entre ciudadanos y aliados: en este número se contaban cuatro centuriones y dos tribunos militares, M. Licinio y M. Helvio. El ala que comenzó la fuga perdió cuatro enseñas y dos la legión que reemplazó á los aliados.

« Cuando Marcelo entró en su campamento arengó á los soldados con tanta dureza y acritud que las fatigas de un combate desgraciado durante un día entero les parecieron más soportables que el lenguaje del general. « En nuestra vergüenza, dijo, todavía reverencio y alabo á los dioses inmortales por no haber permitido que los vencedores, aprovechando el miedo que os precipitaba en vuestras fortificaciones, viniesen á atacar el campamento. Sin duda lo habríais abandonado con el mismo miedo que os ha hecho desertar del campo de batalla. ¿Y por qué ese terror, ese espanto? ¿Por qué ese repentino olvido de lo que sois, ¡oh romanos! y de lo que son vuestros enemigos? Esos enemigos son los que habéis vencido y perseguido toda la campaña última, aquellos cuya fuga estrechabais antes día y noche, los que hostigabais con vuestras escaramuzas, á los que ayer mismo imposibilitabais marchar y acampar. Pero omito estos títulos de gloria: solamente quiero mostraros vuestra vergüenza y vuestra falta. Ayer era igual la ventaja al terminar el combate. ¿Qué cambio en una noche y un día! ¿Algunas horas han disminuído vuestras fuerzas y duplicado las suyas? No, no hablo á mi ejército; vosotros no sois romanos: no tenéis más que el aspecto y las armas. ¡Ah! Si hubieseis tenido tam-

bién el valor, ¿os habría visto el enemigo volver la espalda? ¿Habría cogido las enseñas de algún manipulo ó cohorte? Hasta ahora había podido destrozar legiones romanas: á esto se limitaba su gloria: hoy, siendo vosotros los primeros, ha tenido la de poner en fuga un ejército. » Por todas partes se alzó un grito pidiendo gracia por aquella jornada; cuando el cónsul quisiera podría poner á prueba el valor de sus soldados. « ¡Bien, sí, replicó, os pondré á prueba, soldados; mañana os llevaré al combate, y que la victoria os consiga un perdón que en vano solicitaréis vencidos. » Por orden suya, las cohortes que habían perdido las enseñas recibieron pan de cebada; los centuriones de los manipulos culpables de la misma falta, fueron condenados á llevar la espada desnuda sin bandolera, y á la mañana siguiente caballería é infantería habían de estar sobre las armas. El cónsul despidió entonces á los soldados, que reconocían la justicia de las reconveniciones, y proclamaban que aquel día en el ejército romano no había habido más que un valiente, el general; que pagarían su culpa muriendo ó consiguiendo brillante victoria. A la mañana siguiente todos se encontraban armados y en las filas, según las órdenes de Marcelo. Felicitóles el general y declaró que aquellos que dieron principio á la fuga el día anterior, así como las cohortes que habían perdido sus enseñas, ocuparían la primera fila. Díjoles que habían de luchar y vencer; que todos y cada uno en particular debían esforzarse para impedir que la noticia de su derrota llegase á Roma antes que la de la victoria. En seguida les mandó comer para que no les faltasen las fuerzas si se prolongaba la batalla, y cuando todo lo hubo dicho y hecho para excitar el valor de las tropas, marchó al enemigo.

Al enterarse de ello, exclamó Aníbal: « Tengo que habérmelas con un adversario que no sabe contenerse

en buena ni en mala fortuna. Vencedor, persigue obstinadamente al enemigo. Vencido, renueva el combate con los vencedores.» En seguida mandó dar la señal y salió del campamento. Por ambos lados peleaban con más encarnizamiento que la víspera, queriendo los cartagineses conservar la gloria de su triunfo y los romanos lavar la deshonra de su derrota. La izquierda de los romanos tenía en primera línea la caballería y las cohortes que habían perdido las enseñas; á la derecha estaba la legión vigésima; los legados L. Cornelio Léntulo y C. Claudio Nerón mandaban las dos alas, permaneciendo en el centro Marcelo, instigador y testigo de su valor. Aníbal había colocado al frente sus españoles, que constituían toda la fuerza de su ejército. Como hacía mucho tiempo que permanecía indecisa la victoria, el cartaginés mandó avanzar los elefantes á la primera línea, esperando introducir desorden y espanto. Y al principio perturbaron las filas, pisoteando ó dispersando por el terror á los más cercanos y dejando descubierto el flanco del ejército romano. La derrota se hubiese propagado, si el tribuno C. Décimo Flavo no hubiera cogido la enseña del primer manipulo de los hastatos, arrastrando al manipulo en pos, llevándole á lo más recio de la pelea para contener la confusión producida por el grueso de los elefantes y mandando una descarga de venablos. Ni uno de ellos se perdió, arrojados tan de cerca sobre aquellas enormes masas formadas en columna cerrada; pero si todos los elefantes no quedaron heridos, aquellos en cuya espalda se habían clavado los venablos emprendieron la fuga (estos animales son auxiliares muy dudosos) y arrastraron con ellos á los que no habían recibido heridas. Entonces no fué solamente un manipulo, sino todos los soldados que se encontraban al alcance, arrojaban dardos á porfía sobre los fugitivos elefantes, que se precipitaban furio-

so sobre los cartagineses, á los que hacían más daño que á los romanos; porque, impulsado por el miedo, el elefante muestra más ardor que cuando le conduce su guía. Una vez quebrantado el enemigo por la desordenada carrera de aquellos animales, la infantería romana cayó sobre él, lo dispersó y puso en fuga sin grandes esfuerzos. En seguida lanzó Marcelo sobre los fugitivos su caballería, que no se detuvo hasta después de haberles rechazado, dominados por el miedo, hasta su campamento; porque para colmo de espanto y de temor, dos elefantes habían caído delante de la puerta y los soldados tenían que franquear el foso y las empalizadas. Allí tuvo lugar la mayor matanza; los cartagineses perdieron cerca de ocho mil hombres y cinco elefantes. La victoria fué sangrienta también para los romanos; costándoles cerca de mil setecientos legionarios y más de mil trescientos aliados, sin contar la multitud de heridos, tanto ciudadanos como aliados. Aníbal levantó el campamento á la noche siguiente, y Marcelo quería perseguirle, pero se lo impidió el considerable número de sus heridos.

Los exploradores enviados detrás del enemigo anunciaron á la mañana siguiente que se dirigía al Brucio. Casi al mismo tiempo el cónsul Q. Fabio recibió la sumisión de los hirpinos, lucanios y volcentes, quienes les entregaron las guarniciones cartaginesas de sus ciudades. El cónsul les trató con clemencia, limitándose á algunas reconvenções por su defección. Hizoseles esperar también á los brucios su indulgencia, cuando los hermanos Vibio y Paccio, que eran los principales de la nación, vinieron á ofrecerle que se someterian con iguales condiciones que habían conseguido los lucanios. El cónsul Q. Fabio tomó Mandaria á los salentinos, haciendo cerca de cuatro mil prisioneros y recogiendo considerable botín; en seguida marchó á Tarento

y acampó á la misma entrada del puerto. Las naves que habían servido á Livio para proteger sus convoyes las cargó con máquinas é instrumentos á propósito para atacar las murallas, balistas con piedras y proyectiles de toda clase, haciendo lo mismo con las naves de transporte, comprendiendo en éstas las que marchaban á remo. De esta manera podía avanzar máquinas y escalas hasta el pie de las murallas, y alcanzar desde lejos á los defensores de la ciudad sobre los parapetos. Las naves estaban aparejadas y dispuestas para atacar la plaza desde alta mar. Encontrábase libre el golfo de Tarento, porque la flota cartaginesa se hallaba en Cócira para ayudar á Filipo en su guerra con los etolios. Entretanto, á la llegada de Anibal al Brucio, los que sitiaban á Caulonia, temiendo verse aplastados, se retiraron á una altura, al abrigo de sorpresas. Fabio, que sitiaba á Tarento, debió á la circunstancia más indiferente en apariencia el éxito de su importante empresa. Anibal había enviado á los tarentinos un refuerzo de soldados brucios; el jefe de este refuerzo estaba perdidamente enamorado de una joven, cuyo hermano servía á las órdenes del cónsul. Enterado por ella de sus recientes relaciones con el extranjero, que era rico y considerado entre los suyos, el romano concibió la esperanza de conseguir lo que quería de aquel hombre por medio de su hermana, y así lo comunicó al cónsul, que le aprobó y le mandó presentarse como desertor en Tarento. Allí, por medio de su hermana, trabó íntimas relaciones con el jefe, sondeó en secreto sus disposiciones, y cuando se hubo asegurado de su ligereza, consiguió por las seducciones de que le rodeó, que el brucio entregase la puerta cuya custodia le estaba encomendada. Convenidos los medios de ejecución y fijado el momento, una noche se escapó el romano furtivamente de la ciudad entre dos guardias y marchó á enterar

al cónsul de su conducta y de las medidas concertadas. A la primera vigilia dió Fabio la señal á los soldados de la fortaleza y á los que guardaban el puerto; después, dando él mismo vuelta al puerto, marchó secretamente á tomar posición al Oriente de la ciudad. A poco rato se oyeron á la vez las bocinas de la fortaleza del puerto y de las naves que avanzaban de alta mar; y en seguida, por el lado donde menos había que temer, se elevaron de intento gritos mezclados con espantosa confusión. Entretanto contenía Fabio en el silencio á los suyos. Demócrato, que había mandado la flota de Tarento, y que entonces estaba encargado de defender el puesto amenazado por el cónsul, oyendo en medio del silencio que le rodeaba el ruido promovido en otra parte y los clamores que parecían anunciar una ciudad tomada por asalto, temió que el cónsul aprovechase su tardanza para forzar algún punto y fijar en él sus enseñas; por lo que acudió con sus tropas hacia la ciudadela, de donde partían los rumores más terribles. Fabio, por el tiempo transcurrido, por el silencio que había reemplazado á las voces de los soldados que antes se animaban y gritaban á las armas, calculó que la guardia se había alejado, y mandó fijar las escalas en el punto guardado por la cohorte brucia, como le había dicho el autor de la trama. Por allí se apoderaron primeramente de la muralla, con el auxilio y apoyo de los brucios y penetraron en la ciudad. En seguida rompieron la puerta inmediata y los romanos entraron en tropel lanzando penetrantes gritos, y como el día comenzaba á despuntar, llegaron sin encontrar resistencia al centro del Foro, donde cayeron sobre ellos por todas partes los que combatían en la fortaleza y en el puerto. Á la entrada del Foro se trabó un combate furioso, pero poco duradero. Valor, armas, habilidad militar, vigor y fuerza de cuerpo, todo era superior en los ro-

manos. Así fué que los tarentinos, lanzaron sus venablos, y sin venir á las manos emprendieron la fuga, y se dispersaron por pasos conocidos á sus casas ó á las de sus amigos. Dos generales suyos Nirón y Demócrato sucumbieron como valientes. Filemón, que había arrastrado á los tarentinos al partido de Aníbal, se alejó del combate á toda brida, viéndose á poco vagar extraviado su caballo por las calles de la ciudad, pero no se encontró su cuerpo, creyéndose que se precipitó en un pozo. Carthalón, jefe de la guarnición cartaginesa, había depuesto las armas, y cuando recordaba al cónsul, al acercarse á él, la hospitalidad que unía á sus padres, lanzóse sobre él un soldado y le mató. En seguida todos los soldados degollaron por todas partes sin distinción á cuantos encontraron armados ó desarmados, cartagineses ó tarentinos. Hasta muchos brucios fueron muertos por equivocación, ó tal vez á causa de la antigua malquerencia que les tenían, ó para borrar toda huella de traición y hacer creer que habían tomado á Tarento por asalto. Á la matanza siguió el pillaje. Dícese que se apoderaron de treinta mil esclavos, de inmensa cantidad de plata labrada y acuñada y de ochenta y tres mil libras de peso de oro. Las estatuas y cuadros valían casi tanto como las maravillas de Siracusa; pero Fabio supo ver aquellas riquezas con más desinterés y grandeza de alma que Marcelo. El escriba le preguntaba qué quería hacer de las estatuas (dioses de dimensiones colosales, ostentando sus atributos y todos en actitud de combate). «Que Tarento guarde sus dioses irritados,» contestó. En seguida mandó arrasar la muralla que separaba la ciudad de la fortaleza.

Mientras ocurrían estas cosas en Tarento, Aníbal, que había recibido la sumisión de las fuerzas acampadas delante de Caulonia, enterado del sitio de Tarento, avanzaba día y noche á marchas forzadas, deseando

socorrer la plaza. Á la noticia de que había sido tomada, exclamó: «Los romanos tienen también su Aníbal; hemos perdido á Tarento por el mismo arte que nos lo entregó.» Sin embargo, para no dar á su retirada el aspecto de una derrota, acampó en el punto en que se había detenido, á más de cinco millas de la plaza, y pasados algunos días, marchó á Metaponto. Desde allí envió dos metapontinos á Tarento con cartas de los principales ciudadanos para Fabio, en las que le pedían jurase olvido por el pasado; con estas condiciones le ofrecían entregarle la ciudad con la guarnición cartaginesa. Fabio, que creyó en la sinceridad del ofrecimiento, fijó el día en que se presentaría delante de Metaponto, y entregó para los ciudadanos principales una respuesta que llevaron á Aníbal. Satisfecho del éxito y gozoso de ver al mismo Fabio envuelto en sus redes, el cartaginés preparó una emboscada cerca de Metaponto. Pero Fabio consultó los auspicios antes de partir, y dos veces fueron contrarias las aves. Entonces mandó inmolar una víctima para interrogar á los dioses, y el arúspice le previno que se precaviere de los fraudes y lazos del enemigo. Como en el día señalado no se veía llegar al cónsul, le enviaron los dos metapontinos para que disipasen sus vacilaciones; pero les prendieron en el acto, y el temor de la tortura les hizo declarar.

Al comenzar la campaña en que se realizaron estos acontecimientos, P. Escipión, que había dedicado todo el invierno en España á ganar de nuevo la benevolencia de los bárbaros, tanto por regalos, como por la devolución de los rehenes y de los prisioneros, vió llegar á él á Edescon, uno de los principales jefes españoles. Su esposa y sus hijos estaban en poder de los romanos, pero no era éste el único motivo que le llevaba, sino que seguía una especie de tendencia fortuita que arrastraba á la España entera del partido de los cartagineses al

de los romanos. Iguales motivos impulsaron á Indibilis y á Mandonio, los dos príncipes más poderosos del país, á abandonar, con todos sus compatriotas, el campamento de Asdrúbal y á retirarse á las alturas que lo dominaban, con objeto de poder reunirse seguramente con los romanos por la cresta de las montañas. Asdrúbal, que veía aumentar por este medio las fuerzas del enemigo y disminuir las suyas, comprendió que, si no le salvaba un golpe de mano, muy pronto quedaría consumada su ruina; resolviendo combatir á la primera ocasión. Más impaciente todavía se encontraba Escipión: los triunfos aumentaban sus esperanzas, y además, prefería adelantarse á la unión de los ejércitos enemigos y no tener que habérselas más que con un solo cuerpo y un solo general. Sin embargo, para el caso en que se encontrase enfrente muchos adversarios, había sabido hábilmente duplicar sus fuerzas. Viendo que la flota le era inútil, porque no se presentaba en las costas de España ninguna nave cartaginesa, la dejó en seguridad en Tarragona y reunió el ejército naval con el de tierra. Estaba abundantemente provisto de armas, porque las había encontrado en Cartagena, y las había hecho construir después de la toma de aquella ciudad en los numerosos talleres que encerraba. Al frente de aquellas fuerzas salió de Tarragona; al comenzar la primavera, se puso de acuerdo con Lelio, que había regresado de Roma, y sin el que nada decisivo quería emprender, y marchó derechamente al enemigo. Todo estaba tranquilo en el camino, recibéndole amigos que le agasajaban en las fonteras de cada pueblo. Entonces se presentaron Indibilis y Mandonio con sus tropas; el primero habló en su nombre, no con la ruda experiencia de un bárbaro, sino con prudencia muy grave, justificando más bien su sumisión como una necesidad, que gloriándose de haberla ofrecido á la pri-

mera ocasión. «Sabía, dijo, que el nombre de desertor lo maldecían los aliados á quienes se había hecho traición y era sospechoso para aquellos á quienes se buscaba; no censuraba esta opinión general, si aquel doble desprecio recaía sobre la cosa y no sobre la palabra.» En seguida enumeró los servicios que había prestado á los generales cartagineses, y la avaricia, la insolencia, los ultrajes de todo género con que le habían pagado, tanto á él como á sus conciudadanos. Así era que solamente sus cuerpos habían estado hasta entonces con ellos, pero sus corazones pertenecían desde mucho antes á los que respetaban la justicia y el honor. También había recurrido en sus súplicas á los dioses vengadores de la violencia y de la injusticia. Rogaban á Escipión que no considerase su sumisión como mérito ni como crimen, porque experimentándoles desde aquel día apreciaría sus servicios.» Así se lo prometió Escipión: no consideraba como desertores á los que no habían podido creer en la duración de una alianza con un pueblo, para el que nada tenían de sagradas las leyes divinas y humanas. Entonces llevaron á su presencia á sus esposas é hijos, á los que recibieron con lágrimas de regocijo; dióseles hospitalidad por aquel día, y al siguiente se confirmó la alianza con juramento y se les envió á reunir sus tropas: desde entonces habitaron el campamento de los romanos y ellos mismos guiaron la marcha contra el enemigo.

El ejército cartaginés más inmediato era el de Asdrúbal, acampado cerca de la ciudad de Becula. La caballería ocupaba las avanzadas. En cuanto llegaron delante de ella los vélites, los exploradores y toda la vanguardia, sin esperar á que trazasen el campamento, la caballería cartaginesa cayó sobre ellos con desprecio; por aquel choque se comprendía bien las disposiciones de los dos partidos. Los jinetes fueron rechazados en

desorden á su campamento y las enseñas romanas llegaron casi á las puertas. Este combate sólo sirvió para irritar á los romanos, que establecieron su campamento. Durante la noche, Asdrúbal hizo retirar sus tropas á una altura, cuya cumbre se extendía en plataforma; por la espalda corría un río; por delante y los costados la rodeaba una especie de ribera abrupta; más bajo y tocando á la meseta se extendía otra explanada rodeada de pendientes igualmente escarpadas y difíciles de subir. En esta explanada fué donde, á la mañana siguiente, viendo Asdrúbal á los romanos formados en batalla delante de su campamento, colocó la caballería nómida, los baleares armados á la ligera y los africanos. Escipión recorrió sus líneas y las filas de los soldados, mostrándoles «aquel enemigo, que perdiendo de antemano la esperanza de vencer en la llanura, buscaba las alturas, y confiando en su posición y no en su valor ó en sus armas, quedaba inmóvil delante de ellos. Mucho más altas eran las murallas de Cartagena que había escalado el soldado romano. Las alturas, la fortaleza, el mar, nada había resistido á sus armas. La posición elevada que el enemigo había ocupado no produciría otro efecto que hacerle franquear en su fuga las escabrosidades y precipicios, pero que les cortaría también aquella retirada.» En seguida encargó á una cohorte que ocupase la garganta del valle que atravesaba el río, y á otra que cortase el camino que conducía de la fortificación á la llanura por las sinuosidades de la montaña. El mismo, con las tropas ligeras que dispersaron la víspera las avanzadas de Asdrúbal, marchó al enemigo, apostado en la meseta inferior. Al principio el único obstáculo fueron las asperezas del camino; pero en cuanto llegaron á tiro de venablo, cayó sobre ellos lluvia de armas arrojadizas de todas clases; los romanos contestaron con las piedras que cubrían el suelo, casi todas

manejables; hasta los siervos, haciendo oficio de soldados, intervenían en el ataque. A pesar de las dificultades del terreno y la granizada de venablos y de piedras que les abrumaba, la costumbre de subir al asalto y su perseverancia les hizo llegar á arriba; y en cuanto conquistaron un poco de terreno llano, bastante para fijar el pie, atacaron á aquellas tropas ligeras, aquellos tiradores nómidas, valientes desde lejos, que servían para pelear á distancia con armas arrojadizas, pero incapaces de sostener un combate cuerpo á cuerpo; desalojaronles y les rechazaron con pérdida considerable hasta la meseta superior, donde se encontraba el grueso del ejército. Entonces lanzó Escipión á los vencedores sobre el centro enemigo, dividió el resto de sus tropas con Lelio, y le mandó rodear la altura por la derecha hasta que encontrase una pendiente menos escarpada. El mismo, después de corto rodeo, cogió al enemigo de flanco por la izquierda. Al principio se produjo completo desorden, porque asustados por los gritos que resonaban por todas partes, los cartagineses querían cambiar de dirección y hacer frente. Durante el tumulto llegó Lelio; el enemigo retrocedió para no ser cogido por la espalda; sus primeras filas se aclararon, dejando al centro de los romanos bastante espacio para establecerse, cosa que no habría sucedido de permanecer inquebrantables las líneas cartaginesas con sus elefantes en el frente de batalla. En medio de general matanza, Escipión que con su izquierda había atacado la derecha del enemigo, estrechaba el flanco descubierto. La fuga era imposible; puestos romanos ocupaban todos los pasos á derecha é izquierda, y la evasión de Asdrúbal y de los jefes había obstruido la puerta del campamento. Añádase el furor de los elefantes, tan temibles en su miedo como los romanos, por cuya razón perecieron cerca de ocho mil hombres.



Asdrúbal, que antes de la batalla había retirado el dinero, hizo partir primeramente los elefantes, recogió cuanto pudo de los restos de su derrota, y siguió las orillas del Tajo para alcanzar el Pirineo. Dueño Escipión del campamento enemigo, separó los hombres libres y abandonó á los soldados el resto del botín; al contar los prisioneros encontró diez mil infantes y dos mil jinetes, despidiendo á los españoles sin rescate y vendiendo á los africanos por medio del cuestor. Entonces fué cuando agrupándose en derredor suyo la multitud de españoles, tanto los que se habían someterido antes, como los prisioneros de la víspera, le proclamaron rey con unánime grito. Escipión les impuso silencio por medio de un pregonero, y dijo: «Que á sus ojos, el mejor título era el de *Imperator* (1) que le habían dado sus soldados. Aquel nombre de rey, tan deslumbrador en otras partes, era odioso en Roma; podían su ponerle ánimo real, si para ellos era signo de verdadera grandeza en el hombre, pero no debían decirlo, y si guardarse de pronunciar aquella palabra.» Los bárbaros comprendieron aquella magnanimidad; aquel nombre, que tanto ambicionaban los mortales, no podía desdeñarse sino estando colocados muy alto. Escipión hizo en seguida regalos á los príncipes y reyes españoles, disponiendo que Indibilis eligiese trescientos caballos entre la multitud que habían cogido al enemigo. Entre los africanos que el cuestor vendía por orden del general, encontrábase un adolescente sobre mane-

(1) Los soldados romanos reunidos después de una victoria, acostumbraban á saludar á su general con el título de *imperator*. Los romanos odiaban el nombre de rey, aunque lo habían conservado y lo daban á dos magistrados, uno temporal y otro permanente, el *inter-rex* que reemplazaba á los cónsules hasta que se nombraban otros, y el *rex sacrorum* que tenía la superintendencia de los sacrificios.

ra hermoso; enterado de que pertenecía á sangre real, lo envió á Escipión, que le preguntó «quién era, á qué familia pertenecía, y por qué, siendo tan joven, se encontraba en los campamentos.» El adolescente contestó: «que era númida y que se llamaba Masiva; siendo huérfano, le había educado su abuelo materno Gala, rey de los númidas; su tío Masinisa lo llevó á España con los refuerzos de caballería que trajo antes á los cartagineses. Masinisa le había alejado hasta entonces de los combates á causa de su edad; pero el día de la batalla, sin que se enterase su tío, se había apoderado de una armadura y de un caballo, y lanzado al combate, en el que cayó su caballo, derribándole y haciendo que se apoderasen de él los romanos.» Escipión mandó guardar al joven númida y terminó los asuntos que le retenían en el tribunal. Cuando entró en su tienda, volvió á llamarle y le preguntó «si quería volver al lado de Masinisa.» El niño contestó llorando de alegría «que sí lo deseaba.» Escipión le dió entonces un anillo de oro, una lactidavia, un manto español con broche de oro y un caballo enjaezado, y encargando en seguida á algunos jinetes que le escoltasen hasta donde quisiera, le despidió.

En seguida se reunió consejo de guerra, pronunciándose muchos por que se emprendiese inmediatamente la persecución de Asdrúbal. Escipión consideró dudoso este partido: queriendo solamente impedir la unión del general vencido con Magón y el otro Asdrúbal, destacó algunas tropas para que ocupasen los Pirineos: en seguida empleó el resto del verano en recibir la sumisión de los pueblos españoles. Pocos días después de la batalla de Bécula regresaba á Tarragona, y ya había atravesado el desfiladero de Cástulon, cuando Magón y Asdrúbal Giscón, acudiendo de la España ulterior, se reunieron con Asdrúbal: el socorro era tardío después

de la derrota; pero su presencia podía ser útil para combinar nuevo plan de operaciones. En una conferencia, en la que se enteró de las disposiciones de cada provincia de España, Asdrúbal Gisgón fué el único que sostuvo que toda la costa del Océano hacia Cádiz, que no conocia á los romanos todavía, permanecería fiel á Cartago. El otro Asdrúbal y Magón sabían bien que los beneficios de Escipión habían conquistado los ánimos de los particulares y de los pueblos. «El único medio de poner término á las deserciones, decían, era trasladar todos los soldados españoles á los extremos de la provincia ó á la Galia; así es que Asdrúbal debía, hasta sin autorización del Senado de Cartago, marchar á Italia, donde estaba lo más recio de la guerra y el verdadero teatro de los acontecimientos; además, su marcha separaba los soldados españoles de España y de la influencia del nombre de Escipión. Su ejército, debilitado por las deserciones y un combate desgraciado, podía completarse con españoles. Magón, por su parte, dejando su ejército al hijo de Gisgón, marcharía á las Baleares, provisto de dinero para contratar auxiliares: Asdrúbal Gisgón marcharía con su ejército al fondo de la Lusitania y evitaría todo combate con los romanos. En cuanto á Masinisa, se le escogerían entre toda la caballería tres mil hombres, con los que recorrería la España citerior; socorriendo á los aliados y saqueando las ciudades y campos enemigos.» Después de convenidas estas disposiciones, los generales se separaron para acelerar su ejecución. Tales fueron los acontecimientos ocurridos este año en España. En Roma aumentaba de día en día la fama de Escipión: la toma de Tarento, debida más á la astucia que al valor, no dejaba de ser gloriosa para Fabio; pero su reputación decrecía y el mismo Marcelo empezaba á encontrar oposición: además de su primer descalabro, censurábanle que, á pesar

de las correrías de Aníbal por Italia en pleno estío, había hecho entrar las tropas en sus cantones de Venusia. Era enemigo suyo C. Publicio Bibulo, tribuno del pueblo: este magistrado, desde el primer consulado, que fué funesto á Marcelo, en todas las asambleas tomaba empeño en desacreditarle y en provocar contra él la animosidad del pueblo; llegando ya á pedir hasta su destitución. Los parientes de Marcelo consiguieron que dejase un teniente en Venusia, para que viniese á Roma á justificarse de las acusaciones formuladas contra él, y que no se trataría de su deposición durante su ausencia. La casualidad reunió en Roma casi al mismo tiempo á Marcelo y á Q. Fulvio, el uno para evitar la mancha que le amenazaba y el otro para celebrar los comicios.

Del asunto del mando de Marcelo se trató en el circo Flamínio, en medio de inmenso concurso de pueblo y de todos los órdenes. El tribuno envolvió en sus acusaciones á Marcelo y á toda la nobleza: «Su mala fe, sus vacilaciones durante diez años, hacían de Italia como una provincia de Aníbal, donde había pasado más tiempo que en Cartago. ¡Bien recompensado estaba el pueblo por haber prorrogado á Marcelo en el mando! ¡Su ejército, dos veces derrotado, pasaba el verano en Venusia!» Marcelo anonadó de tal manera á su adversario con la enumeración de sus hazañas, que todas las centurias, no contentas con rechazar la ley propuesta, cuyo objeto era destituirle, le elevaron á la mañana siguiente al consulado por unanimidad, dándole por colega á T. Quincio Crispino, que era entonces pretor. Al siguiente día crearon pretores á P. Licinio Craso Dives, pontífice máximo; P. Licinio Varo, Sex. Julio César y Q. Claudio Flamen. Durante los comicios alarmó á Roma el rumor de una sublevación en Etruria. Había partido la señal de Arrecio, según carta de C. Calpur-